¿Rey, guerrero y mago, o simplemente hombre?

Sergio Francisco Chapela

Inicio esta reflexión con una interrogación porque la intención del discurso aquí planteado radica justamente en provocar dudas sobre un comportamiento inercial generalmente inconsciente que reproducimos los varones de este planeta desde hace varios miles de años, con la finalidad de perpetuar el sistema de dominación del sexo masculino sobre el sexo femenino, signado como *patriarcado*.

Somos al mismo tiempo protagonistas y testigos de profundas transformaciones que ha experimentado la humanidad en el transcurso del último siglo, tales como el descubrimiento de la electricidad, y el consecuente desarrollo de la electrónica, o el descubrimiento de la energía atómica, que entre otras muchas cosas han hecho posible que seres de nuestra especie caminen sobre la superficie de la Luna, pero que al mismo tiempo han colocado a la biodiversidad completa del mundo en peligro de extinción.

Esta tremenda contradicción, muy seguramente se la debemos al conjunto de "cualidades" que culturalmente hemos heredado para reproducir esa supremacía de género, y que se sintetiza en tres tipos de comportamiento a los que como hombres debemos aspirar: Rey, Guerrero y Mago, es decir, desde que nacemos se nos educa para crear normas sociales y gobernar la vida de los demás, es decir, a actuar como Rey; a desarrollar una gran fortaleza física y mental para imponer y hacer respetar los ideales del rey por medio de la fuerza, o bien, a actuar como Guerrero; y a utilizar el potencial creativo de la mente para transformar continuamente la realidad, por medio del seductor engaño de la razón, o lo que es igual a actuar como Mago. Así, hemos crecido con espíritu de conquistador en alma, cuerpo y mente, y como conquistadores hemos arribado simultáneamente a la Luna y a una absurda posición de suicidio-homicidio absoluto de la vida.

En aras del progreso hemos ejercido el poder, atentando contra la propia inteligencia y, en ese sentido, el modelo con el que nos reconstruimos como hombres de una generación a otra está en crisis, y seguramente lo está desde su misma creación, porque desde su ascenso al trono atenta contra el ideal utópico más codiciado por la humanidad como sistema de organización social: atenta contra la igualdad de los derechos humanos. La supremacía de un sexo sobre otro aniquila la democracia en la pareja, por tanto la aniquila en la familia y, como reflejo de estó, la anula en la sociedad.

En los albores del siglo XXI, cuando la mujer ha logrado conquistar espacios de poder en la política, en la economía, en la ciencia, en el arte, en las humanidades, en las tecnologías y en cualquier campo del quehacer humano, este modelo de masculinidad está totalmente obsoleto. No podemos ni debemos seguir aspirando a ser reyes, guerreros y magos si sensatamente presumimos de ser seres pensantes, seres inteligentes. Menos aún debemos seguir reproduciendo "el modelito" en la formación de nuestros hijos, ya que estos cambios no se han dado ni por arte de magia ni por obra de la casualidad.

Han sido estimulados y producidos por las condiciones históricas que ha generado la propia humanidad en torno a la pugna por el control del poder, porque para poder ejercer el papel de rey, guerrero y mago, es imprescindible contar con espacios de conquista donde se pueda ejercer el poder en su más amplia acepción: como método de control político, económico e ideológico. Así, por ejemplo, el desarrollo de la computación no se dio por un prurito epistemológico, sino por resolver una urgente necesidad de la tecnología de guerra; o el desarrollo de la carrera espacial tampoco se dio por una pura curiosidad científica del cosmos, sino por ampliar la red de estrategias militares de los países económicamente más poderosos del planeta. En fin, podríamos enunciar tantos ejemplos en este sentido que la revista completa no alcanzaría para darles cabida, sin embargo, a pesar de las transformaciones, el modelo de conformación de la masculinidad se resiste a experimentar modificaciones, y se resiste porque fue construido precisamente para detentar el poder y el poder es algo que no se obsequia ni se extravía por descuido: se conquista con la subjetividad de la razón y con la fuerza.

En cualquier organización social, el presidente o poder ejecutivo, el gerente, el director, el padre, el esposo o el referente simbólico equivalente a ese modelo de autoridad, desempeña el

papel del rey, porque a él le corresponde guiar el desarrollo general de toda la gente que integra su nación, pueblo, comunidad, empresa, familia, etcétera. En tanto que el congreso del estado o poder legislativo, el consejo directivo, el consejo de gobierno, o los familiares directos del esposo desarrollan el papel del mago, pues apelando a la razón elaboran hipótesis, tesis y teorías que imponen como válidas a los subordinados del rey para justificar en todo momento la actuación de éste como lo más conveniente. Con esto se logra convertir lo real en imaginario y lo imaginario en real. La suprema corte de justicia, o poder judicial, las fuerzas armadas, la policía, la sanción administrativa o la función castradora del padre equivalen por su lado al papel del guerrero, porque cuando la sutileza de la razón se agota, la fuerza física se impone. En este sentido hemos visto históricamente que la conquista y la conservación del poder ponen la inteligencia al servicio de la brutalidad y la civilización a las órdenes del instinto. Desde este punto de vista, el poder se convierte en un virus que infecta todo lo que toca, y entre más se tiene, más profunda es la enfermedad. Hemos visto desfilar en el transcurso del desarrollo de la humanidad, reyes exageradamente enloquecidos por el virus del poder, hasta llegar a este punto de la historia donde el citado virus puede accionar la capacidad aniquilante del enorme arsenal atómico y nuclear que han generado las naciones poderosas del planeta, para conquistar y conservar el poder del gobierno sobre el mundo entero. Este modelo de masculinidad que nos forma como conquistadores, conlleva de manera implícita una energía destructiva que atenta contra la integridad de la naturaleza, de la mujer y, por supuesto, del propio hombre. Es justamente en esa energía autodestructiva donde radica su peligrosidad.

Ahora bien, si por seguridad de la reproducción de la propia especie debemos cambiar este modelo, la pregunta obligada salta a la vista de inmediato ¿con cual modelo es conveniente sustituirlo? Realmente no lo sé, pero sí sé que debemos construirlo en estrecha colaboración con la mujer, lo que implica de entrada asumir bajo conocimiento de causa, la ejecución de un suicidio simbólico, un suicidio de género como sexo dominante, y un divorcio irrevocable con el ejercicio del poder. Hombres y mujeres juntos debemos incinerar y suprimir del diccionario ideológico de la mente de la humanidad el significado denotativo y connotativo del *poder*. Si no lo hacemos en forma conjunta y de común acuerdo, corremos el riesgo de generar un simple cambio de manos del modelo en cuestión como estafeta, tal como le sucedió a algunas corrientes del feminismo, que simplemente retomaron el modelo de masculinidad producido por el patriarcado como fórmula para arribar al control del poder, haciendo una simple inversión de roles. Podemos también extraviarnos en el proceso de construcción de un nuevo modelo, regresando al punto de partida con propuestas que lejos de modificar, refuercen el modelo existente, como le sucedió al poeta norteamericano Robert Bly con su *Iron John*. En esta obra el autor parte de una situación analítica en la que descubre cómo la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, debida a la acelerada expansión de la industrialización ha modificado el modelo de masculinidad al educar a sus descendientes varones con actitudes de más apoyo y respeto a la mujer, pero al mismo tiempo, ha producido hombres "blandos". Bly desarrolla a partir de esta postura una paráfrasis de un cuento medieval titulado *Juan de Hierro*, en la que finalmente termina rescatando y reforzando los valores de la masculinidad como rey, guerrero y mago, si acaso ligeramente humanizado.

Espero que sirva esta reflexión como punto de partida para iniciar la construcción de un nuevo modelo de masculinidad-feminidad, o bien, de un nuevo modelo de humanidad, que en la recategorización de género nos permita acceder a la igualdad de los derechos humanos en igualdad de condiciones.◆

Bibliografía

Bly, Robert. *Iron John*. Plaza y Janés editores, Barcelona, 1992. 259 pp.

Kafka, Franz. *Carta al padre*. Cinar editores, México, 1994. 78 pp.

Lagarde, Marcela. *Identidad y subjetividad femenina*. Colectivo de Trabajo Puntos de Encuentro, Managua, 1992, 71 pp.